el castigo sino por violencias o desacatos. Holgó mucho Motecuhzuma en ver libre a Peña, hízole muchas caricias y rogóle que no se apartase de su lado.

CAPÍTULO LIII. *Que Cortés volvió a hablar a Motecuhzuma en el punto de la religión y lo que el rey le respondió; levantó en el templo mayor de los ídolos las imágenes del crucifijo y de la Virgen María, y de un milagro que sucedió en la falta de agua, este año*

IENDO FERNANDO CORTÉS que Motecuhzuma y los caballeros que acudían a servirle y visitarle estaban más quietos, y que se iban aficionando a los castellanos y que salía al templo los días que decían que eran fiestas principales en las cuales se sacrificaban muchos hombres, sintiendo aquella bárbara crueldad, confiado en la suavidad de la condición de Motecuhzuma, le dijo: que como por divina voluntad estaba puesto en la silla real, pudiera estar otro de sus más bajos vasallos; y que pues la gran dignidad que tenía la había recibido de un solo Dios, que daba los reinos a quien era servido, lo cual no podían hacer muchos dioses, porque ni los hay ni puede haber, y era bien que saliese de la ceguera en que había vivido y dejase aquellos falsos ídolos que adoraba, que eran tan crueles que no se servían sino de la sangre de los que no tenían culpa, y que adorasen la imagen de Cristo, Dios verdadero, para que de ahí adelante conociesen los suyos al que los crió y redimió; y que pues mostraba tan buena voluntad a los cristianos y a sus costumbres y de los suyos era tan obedecido, le suplicaba que fuese el primero para que los demás siguiesen su ejemplo; y que cuando por esta causa hubiese alguna inquietud se ofrecía de castigar a cualquiera que se atreviese contra él. Motecuhzuma le oyó con gran atención y con gran reposo le respondió que los suyos eran muchos y todos nacidos y criados en la adoración de aquellos dioses, y aunque él quisiera seguir su parecer, ellos no querrían por tener en más a sus dioses que a él; y que cómo quería que tal cosa se hiciese, pues aquellos dioses les habían dado salud, bienes temporales y victoria en las guerras y cuando se enojaban enviaban esterilidad y los castigaban. Replicó Cortés que aquello era falso, porque demonios que en aquellas figuras de ídolos se hacían adorar no eran dioses sino criaturas obstinadas en su pecado y condenadas a las penas del infierno y que no podían hacer más mal del que Dios les permitiese y que el bien procedía de sola la mano de Dios, aunque aquellos demonios le hacían entender lo contrario y que no pusiese excusa en lo que le suplicaba, porque era sugestión y engaño del demonio que le tenía ciego. Volvió a decir el rey que sus vasallos tomarían armas contra él y que si él fuese más poderoso que ellos, se le irían a otros reinos y dejarían la ciudad despoblada. Dijo Cortés que si se rebelasen los sujetaría y si se fuesen

los volvería por fuerza. Motecuhzuma, con muchos suspiros, dijo que hiciese lo que quisiese y si algún mal le sucediese que no se quejase de él, porque le hacía saber que él y todos los castellanos morirían luego, porque los indios les quitarían la comida y harían la guerra, sin ser él parte para apaciguarlos. Cortés volvía a decir que no podrían nada, porque tenía a Dios de su parte, cuya imagen quería poner en el templo mayor; pues por su virtud tendrían buenas sementeras y otros mil bienes que atribuía a sus falsos dioses.

Y no perdiendo tiempo en esta resolución, en buen lugar del templo se hizo un altar y con gran solemnidad y devoción yendo la gente con sus armas en procesión, pusieron las imágenes del crucifijo y de nuestra señora, cantando los que lo sabían, con gran devoción el *Te Deum laudamus*, a vista de los mexicanos y con gran silencio que parece que Dios les tenía las manos y enmudecía las lenguas. Cortés se vistió de fiesta, derramó muchas lágrimas de alegría y devoción; fue el primero que hincado de rodillas adoró el crucifijo, diciendo: grandes e infinitas alabanzas sean dadas a ti, Dios verdadero, en los siglos de los siglos, que has querido que al cabo de tantos años que el demonio, con tantos errores, tiranizaba tantas naciones, sentado en este trono le hayas por nuestras flacas e indignas manos desterrado para los abismos, adonde mora; suplícote pues nos has hecho tanta merced seas servido de favorecernos de aquí adelante, para que tan buenos principios consigan glorioso fin, para honra y gloria tuya. Acabadas de poner las imágenes y de hacer oración, había en el templo buena cantidad de oro en cascabeles, algunos tan grandes que pesaban cien castellanos, pendientes de unos toldos y cortinas que estaban colgadas delante de los ídolos. De manera que ninguno podía entrar adonde los ídolos estaban, que meneando los toldos o cortinas no hiciesen un suave ruido, como de campanillas. Volvió Cortés adonde estaba Motecuhzuma el cual, con rostro alegre (disimulando el pesar que tenía en su corazón), le recibió. Ordenó que luego se deshiciese una ramería de mujeres públicas, que ganaban en el Tlatelulco cada una en una pezezuela que serían más de cuatrocientas, diciendo que por los pecados públicos de aquéllas habían los dioses permitido que fuesen a su ciudad y reino aquellos cristianos, que pudiesen y mandasen más que él; no considerando cuanto más feos y graves pecados eran los de la sodomía, sacrificios de inocentes, comer carne humana, oprimir y sujetar a los que menos podían, quitándoles su libertad y bienes sin haber hecho por qué.

Desde a pocos días que Fernando Cortés hizo tan memorable facción, acudieron a él muchos indios cargados de cañas y mazorcas de maíz, casi secas, y muy quejosos y indignados dijeron: porque veas lo que has hecho y lo poco que te debemos, mira cómo después que menospreciaste nuestros dioses nunca ha llovido y por esto se secan nuestras sementeras y presto moriremos de hambre. Cortés, con la fe que había hecho lo que se ha visto, le respondió como si lo viera presente. Lo hecho está muy bien hecho, y para que veáis que vuestros falsos dioses no os pueden dar, ni quitar los bienes temporales sino un solo Dios a quien nosotros creemos, sed cier-

tos que de aquí a mañana lloverá y tendréis el mejor año que jamás habéis tenido, y yo y mis compañeros lo suplicaremos a nuestro Dios. Los indios se sonrieron como haciendo burla de Cortés, el cual llamando a sus compañeros, les dijo lo que había pasado y rogó que se doliesen de sus pecados y propusiesen la enmienda de la vida y se reconciliasen (si algunas enemistades había), y que otro día oyesen misa para suplicar juntos a Dios enviase agua y que aquellos infieles conociesen, por la merced que Dios le hacía, que sus dioses eran falsos. Y puestos todos con Dios, con la mayor devoción que pudieron, oyeron la misa que dijo el padre fray Bartolomé de Olmedo y ofició el padre Juan Díaz con algunos que le ayudaron, y comulgó Cortés y otros, con mucha devoción y lágrimas. Acabada la misa, antes que los castellanos bajasen de el templo, adonde esto se hizo estando el cielo muy sereno, a vista de todo el pueblo mexicano se comenzó a cubrir de un nublado muy espeso un cerro que ahora dicen los castellanos Tepeaquilla, y vino luego tan recia agua, que con estar tan cerca el templo del alojamiento de los castellanos llegaron bien mojados. Llovió todo aquel día y otros también, con que fue aquel año uno de los más abundantes que nunca tuvieron. Dieron los castellanos muchas gracias a Dios por la merced que los había hecho y los idólatras quedaron confusos, aunque muy consolados, viendo que les había excusado la hambre y mortandad que temían (porque estas dos plagas siempre andan juntas). Quedó Motecuhzuma muy espantado; alegróse y holgóse mucho con Fernando Cortés el cual, viendo tan oportuna ocasión para lo que deseaba decir al pueblo, le suplicó mandase juntar los sacerdotes y a los caballeros de su ciudad, porque delante de él, acerca de su religión, les quería hablar, porque podría ser que se moviesen a creer en un Dios y aborrecer los falsos ídolos, cesando de el cruel sacrificio de inocentes. Motecuhzuma holgó mucho de esto y estando todos juntos y Motecuhzuma presente, habló lo siguiente, teniendo los soldados muy a punto y con sus armas, aunque con disimulación para lo que se ofreciese.

CAPÍTULO LIV. *Que haciendo juntar Fernando Cortés en el palacio de el rey Motecuhzuma a los sacerdotes y caballeros mexicanos les hizo una plática, persuadiéndolos la religión cristiana y es muy de notar*

UCHAS VECES, MUY PODEROSO REY y muy nobles caballeros (que según vuestras ceremonias y costumbres, después de el rey, estáis puestos en lugar supremo) he deseado que libres de toda pasión me oyésedes con gran cuidado lo que diversas veces os he dicho tocante a la verdadera religión de los cristianos y al engaño en que con tanto daño de vuestras almas y cuerpos hasta ahora habéis vivido; y porque unas veces con su alteza, otras con algunos de los caballeros, y otras con los sacerdotes que